

Agricultura chilena: Lecciones de la experiencia

MAXIMILIANO COX

Si Chile ha sido un dócil conejillo de indias en los últimos veinte años, sin duda el sector agropecuario ha sido el conejillo más vapuleado. A los drásticos cambios sociales ocurridos en la segunda década de los sesenta e inicio de los setenta, se vino a agregar la fuerte reversión de este proceso a partir de 1973 y el desgraciado experimento neo-liberal que llevó al sector a los niveles de producción más bajos después de los años de la crisis de 1930 y a un endeudamiento sin precedentes.

La crisis externa del año 1981 obligó a un nuevo cambio en la política agraria al Gobierno, la que esta vez tuvo evidentes efectos benéficos para el desempeño del sector.

En efecto, la mantención de una política cambiaria realista, la implementación de una política de estabilidad de mercado para los principales rubros agrícolas a través de las bandas de precios y de otros mecanismos de reducción de la incertidumbre económica, la implementación de una política crediticia específica hacia el sector, la reactivación de IANSA luego de su abortada privatización, y el establecimiento de algunos esbozos de una política de transferencia tecnológica, han generado una muy dinámica respuesta del sector agropecuario, el cual ha crecido, desde el año 1982/83 que marcó el fondo del abismo, a una tasa del 7% anual.

Principales tendencias del sector agropecuario nacional

Sin embargo, el sector no es un todo homogéneo, y esta evolución favorable a nivel global esconde fuertes diferencias en su interior.

Así como en el período del experimento neo-liberal hubo sectores que, como el frutícola, se salvaron de la debacle gracias a una afortunada coyuntura internacional que logró compensar la fuerte caída en el valor real de la divisa, también hoy hay sectores que no han logrado beneficiarse de esta expansión y dinamismo productivo. Los grupos de agricultura campesina, huérfanos del apoyo tecnológico y crediticio, no han podido incrementar su producción y productividad a la par que lo ha hecho una muy dinámica agricultura empresarial, la que además ha contado con el apoyo directo del Estado. Sólo recientemente, y una vez que el dinamismo productivo tiende a frenarse, se anuncia un programa especial de apoyo a este sector a través del llamado Plan de Desarrollo Rural. Por su parte, los sectores asalariados, impedidos de hecho de poder defender sus intereses mediante una legislación laboral que los proteja realmente, han visto incrementados sus ingresos en mínima expresión¹ y solamente en aquellas regiones que muestran especial dinamismo productivo (zona frutícola y remolachera). Tam-

bién hay sectores productivos que se han visto fuertemente deprimidos aun en este período, siendo el principal el ganadero, el que hubo de enfrentar una fuerte liquidación de su masa bovina (alrededor de un 16% de ella) ante la falta de consumo, derivado de los bajos niveles de ingreso de la población. Este sector se encontraba recuperando sus niveles de stock anteriores, cuando sobrevino el foco de aftosa, de devastadoras consecuencias.

Perspectivas futuras

La favorable evolución productiva del sector se está viendo frenada por los bajos niveles de consumo interno de productos alimenticios, fruto de la caída en el poder de compra de las familias más pobres de la población. En efecto, se ha logrado el auto abastecimiento prácticamente en todos los rubros alimenticios de clima templado, salvo el aceite. Pero muy distinto sería el caso si la distribución de los ingresos fuera semejante a la que se tuvo en un período más normal, como durante el quinquenio 1965-1970. Sólo en trigo, si la población consumiera por persona lo mismo que se consumió en promedio en ese

1. La mayoría aún está por debajo del valor considerado como ingreso mínimo por el Consejo Económico Social.

